

Significado secundario y metáfora: Wittgenstein y Davidson

Julio Torres Meléndez

ABSTRACT

In this paper I propose, based on a critical examination of a comparison between Wittgenstein's notion of secondary meaning and Davidson's notion of metaphor, a defence of the genuineness of the distinction developed by Wittgenstein between both notions. I will argue that Davidson's notion of metaphor cannot be assimilated to the one of secondary meaning and that, on the other hand, these philosophers coincide when they claim that the condition of possibility of the secondary meaning as well as the metaphor resides in the distinction between the meaning of the words and the ways in that we use them.

RESUMEN

En este artículo, a partir de un examen crítico de una comparación entre la noción de significado secundario en Wittgenstein y la metáfora tal como la entiende Davidson, se propone una defensa de la legitimidad de la distinción propuesta por Wittgenstein entre significado secundario y metáfora. Se argumentará que la noción de metáfora de Davidson no puede ser asimilada a la de significado secundario y que, por otra parte, estos filósofos coinciden en afirmar que la condición de posibilidad del significado secundario y la metáfora radica en la distinción entre el significado de las palabras y las maneras en que las utilizamos.

1. INTRODUCCIÓN.

En la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein introduce una distinción entre metáfora y significado secundario en el contexto de una discusión acerca de la naturaleza de las vivencias o experiencias subjetivas que pueden acompañar el uso de una palabra. De acuerdo con Wittgenstein, el enunciado:

(1) La vocal *e* es amarilla,

no contiene una metáfora, pues lo que aquí se afirma no puede ser dicho con conceptos distintos a los que están involucrados. De alguna manera se está expresando literalmente lo que estas palabras expresan. Pero si en cambio se afirma, por ejemplo, "el hombre es un lobo para el hombre", no se dice que los seres humanos sean en un sentido literal lobos, sino que se hace una metáfora. Y lo que aquí se afirma puede ser expresado también bajo otros conceptos.

En el significado secundario no hay posibilidad de una paráfrasis, en la metáfora sí. Esta es básicamente la distinción entre metáfora y significado secundario.

Si Wittgenstein está en lo correcto deberíamos reconocer que el significado secundario estaría esencialmente involucrado en la expresión de estados internos tales como sentimientos y sensaciones. Considérese que expresiones, que utilizamos comúnmente, como “dolor agudo”, “profunda pena” o “vino grueso” no deberían ser entendidas como metafóricas sino como usos secundarios de palabras. Sin embargo, el propósito del presente trabajo no es examinar cómo estaría comprometido en estos ámbitos el significado secundario, sino sólo aclarar esta noción y defender su legitimidad en tanto que distinción filosófica. Se propone hacer esto por medio de un examen de la comparación de J. Schulte entre el significado secundario y la metáfora tal como la entiende D. Davidson. Se argumentará aquí en contra de la comparación de Schulte con el objetivo de aclarar el concepto de significado secundario y su relación con la metáfora en Wittgenstein, luego se defenderá que hay un sentido en el cual las posiciones de Wittgenstein y Davidson son legítimamente coincidentes.

2. METÁFORA Y SIGNIFICADO SECUNDARIO.

Hay, de acuerdo con Schulte, cierta similitud entre los argumentos que Davidson desarrolla en su artículo acerca de la metáfora y la noción de uso secundario en Wittgenstein. Afirma Schulte:

La metáfora, dice Davidson, es enteramente una cuestión de uso y no de significado. Ahora bien, este contraste entre significado y uso es por supuesto incompatible con la explicación de Wittgenstein de la relación entre significado y uso. No pretendo aclarar esta incompatibilidad [...] nos será más útil reformular la afirmación de Davidson diciendo que la metáfora no es una cuestión de significado primario, sino de significado secundario; no de uso primario, sino de uso secundario [Schulte (1989), p. 145].

¿Cómo se debe entender esta afirmación de que la metáfora, en la interpretación de Davidson, es una cuestión de significado secundario? ¿Qué consecuencias tendría la reformulación de la metáfora en términos de significado secundario? ¿Es correcto decir que esta distinción entre significado y uso es incompatible con el punto de vista de Wittgenstein al respecto? Inicialmente, puede objetarse a Schulte que Wittgenstein expresamente niega que el significado secundario o el uso secundario de palabras se identifique con el uso metafórico o figurativo. Dice Wittgenstein:

797. [...] el uso secundario consiste en aplicar la palabra con *este* uso primario en circunstancias nuevas.

798. En este sentido, se podría tratar de llamar al significado secundario “translaticio”.

799. Pero la relación no es aquí como aquella que se da entre “cortar un trozo de cuerda” e “interrumpir el discurso”, puesto que aquí no se *tiene* por qué usar la expresión figurativa. Y cuando se dice “la vocal *e* es amarilla” la palabra amarillo *no* se usa figurativamente [Wittgenstein (1987)].

Schulte no desarrolla propiamente un argumento para justificar una reformulación de las afirmaciones de Davidson acerca de la metáfora en términos de la noción de significado secundario. Sólo nos advierte que tanto Wittgenstein como Davidson “subrayan la importancia de lo que ambos llaman significado primario” [Schulte (1989), p. 145]. El primero sosteniendo que sólo podemos apelar a este significado primario para explicar lo que queremos decir en el uso secundario de palabras; el segundo sosteniendo lo mismo para el uso metafórico. Pero, si debemos entender en este sentido la reformulación que propone Schulte de la tesis de Davidson, entonces lo que obtenemos es una comparación correcta pero trivial. Esto es, se obtiene una comparación entre el significado secundario y la metáfora que no contribuye a la comprensión del funcionamiento de la metáfora tal como la entiende Davidson. Considérese, por ejemplo, que con esto no se ha dicho nada acerca de si debemos mantener o no una diferencia relevante entre significado secundario y metáfora.

Pero puede también construirse una interpretación no trivial para la propuesta de Schulte. De acuerdo con Wittgenstein, los casos de empleo secundario de palabras se caracterizan porque aquello que se dice en ellos *no puede* ser expresado de otro modo que mediante los conceptos que se utilizan. Davidson, por su parte, sostiene que la metáfora *no puede* ser parafraseada porque no hay nada en la metáfora para ser parafraseado. Puede entenderse entonces que esta reformulación de la metáfora en términos del significado secundario supone que la afirmación de Davidson y la afirmación de Wittgenstein tienen una misma explicación. Esto es, que entre el caso del uso secundario de palabras y el caso del uso metafórico, no sólo hay de común la apelación al uso primario como única alternativa de aclaración conceptual, sino también que aquellas razones que impiden tomar una vía alternativa de aclaración son del mismo tipo para uno y otro caso. Schulte parece estar pensando en esto cuando comenta los enunciados del tipo (1). Dice:

No necesitamos apelar a ningún significado figurativo o a algún sentido metafórico especial para explicar lo que se quiere decir en estos usos de la palabra “amarillo”, “gordo”, etc. porque para alcanzar una explicación de su significado que pueda ser del todo útil debemos referirnos a su significado usual o estándar [Schulte (1989), p. 144].

Y algo muy similar sostiene Davidson acerca de la metáfora:

Cuando se explica la forma en que las palabras trabajan en la metáfora no presta ninguna ayuda el supuesto de significados metafóricos o figurativos, o de tipos

especiales de verdad poética o metafórica. Estas ideas no explican la metáfora, la metáfora las explica a ellas [Davidson (1984), p. 247].

Sin embargo, la interpretación que ofrece Schulte de la noción de significado secundario no es correcta. La consecuencia de esto es que obtenemos también una comparación incorrecta entre significado secundario y metáfora. La imposibilidad de parafrasear una metáfora (según Davidson) y la imposibilidad de parafrasear un enunciado que contenga un empleo secundario de palabras (según Wittgenstein), se fundamentan en tipos de razones completamente diferentes. Adviértase, primeramente, que los usos secundarios no quedan especificados por ser empleos de una palabra fuera del rango de objetos en donde se aprendió dicha palabra, bajo la condición de que no necesitamos apelar a un significado metafórico para explicar su contenido (según sostiene Schulte). Ni esto parece seguirse de la descripción que hace Wittgenstein del significado secundario. ¿Estaría Wittgenstein dispuesto a hacer una distinción entre un significado primario de las palabras y un significado metafórico en un sentido extendido o divergente de este significado primario? Wittgenstein —contrariamente a lo que sugiere Schulte— coincide aquí con Davidson en que no hay tal *significado* metafórico y, por tanto, el empleo secundario no puede quedar definido porque podamos prescindir de apelar a un significado metafórico para explicar lo que allí se quiere decir. Lo que Schulte ha insinuado es sostenido explícitamente por C. Diamond, quien comentando la distinción entre significado secundario y metáfora, dice: “En los casos de uso metafórico (en oposición al uso secundario) el cambio del rango [de objetos] que se ha utilizado en la enseñanza [del uso de una palabra] está acompañado por un cambio en el significado” [Diamond (1991), p. 228]. Es decir, el contraste entre significado secundario y metáfora es visto, tanto por Schulte como por Diamond, como una cuestión acerca de si hay o no expresión de significado metafórico en el cambio del rango de objetos en los que normalmente se utiliza una palabra.

La confusión parece radicar en las expresiones “significado secundario” y “significado metafórico”. Efectivamente, Wittgenstein afirma: “El significado secundario no es un significado ‘metafórico’” [Wittgenstein (1988), p. 495]. Pero, estas expresiones deben ser leídas, respectivamente, como “uso secundario de palabras” y “uso metafórico de palabras”. Así como no hay un *significado* secundario, en el sentido de un significado divergente del ordinario, sino el uso de una palabra con su significado primario en casos distintos de los normales, tampoco hay un significado metafórico, en el sentido de un significado divergente del ordinario, sino un uso metafórico de las palabras. De acuerdo con Wittgenstein, “el uso secundario consiste en aplicar la palabra con *este* uso primario en circunstancias nuevas” [Wittgenstein (1987), § 797]. En esto no se diferencia del uso metafórico [ibíd. § 798]. La diferencia se establece cuando Wittgenstein sostiene que lo que quiero decir en el caso del

uso secundario no lo puedo expresar de otro modo que mediante los conceptos que utilizo, algo que sí puedo hacer en el caso de la metáfora. O, en otros términos, el criterio de identidad del significado metafórico no es una cuestión de expresión de significado metafórico, sino de límites en la fundamentación. Al sostener Wittgenstein que enunciados del tipo (1) no pueden ser explicados mediante otros conceptos que los que allí aparecen, está afirmando algo radicalmente diferente a lo que sostiene Davidson cuando dice que no es posible parafrasear las metáforas porque no hay nada que parafrasear. Wittgenstein sostiene que para (1) no hay expresión alternativa o explicación conceptual posible de lo que allí se enuncia. Lo que se pretende decir es exactamente lo que (1) expresa, pues allí el término central (“amarillo”) conserva su significado ordinario o primario. “Si digo «la vocal *e* para mí es amarilla», no quiero decir: ‘amarilla’ con significado metafórico — pues lo que quiero decir no lo puedo expresar de otro modo que mediante el concepto de amarillo” [Wittgenstein (1988), p. 495]. La explicación de la palabra “amarillo” es aquí la explicación de su significado primario. No se trata por cierto de que no podamos dar una expresión alternativa por medio de enunciados analíticamente equivalentes, sino que no podemos recurrir al examen de casos de la vocal *e* para aclarar lo que quiero decir cuando afirmo que para mí es amarilla. Y en esto radica la imposibilidad de una ulterior explicación, pues el enunciado no depende de ningún rasgo de la vocal *e* sino simplemente de nuestra tendencia o inclinación a asociar esta vocal con el color amarillo. Que no hay una ulterior explicación significa aquí que en este juego de lenguaje se nos han acabado las razones. Otra cosa, otro juego de lenguaje, sería preguntarnos por las causas de esta inclinación. Pero, dice Wittgenstein al respecto: “no digo nada sobre las causas del fenómeno. *Podrían* ser asociaciones provenientes de mi infancia. Pero esto es hipótesis. Sea cuál sea la explicación — la inclinación subsiste” [Wittgenstein (1988), p. 495].

Ahora bien, ¿sostiene Davidson que no podemos explicar lo que se dice en los enunciados metafóricos? No, ciertamente, pues él mismo nos explica algunos casos de metáforas [Davidson (1984), p. 248]. En este sentido sostiene:

No se trata, por supuesto, de que la interpretación y la elucidación de la metáfora no esté en orden. Muchos de nosotros necesitamos ayuda para ver lo que el autor de una metáfora quiso que viéramos y que un lector más sensible y educado puede captar. La función legítima de la llamada paráfrasis consiste en hacer que el lector perezoso o ignorante tenga una visión semejante a la del crítico instruido [Davidson (1984), p. 264].

¿En qué sentido entonces no puede parafrasearse la metáfora? o ¿qué es aquello que no podemos parafrasear *en* la metáfora? Dice Davidson:

El concepto de metáfora como un vehículo primario para conducir ideas, aun si son inusuales, me parece tan erróneo como la idea madre de que la metáfora tiene un significado especial. Conuerdo con el punto de vista según el cual la metáfora no puede parafrasearse, pero pienso que esto no es porque las metáforas digan algo tan nuevo para la expresión literal, sino porque no hay nada que parafrasear. La paráfrasis, posible o no, es apropiada para lo que se *dice*: tratamos, en la paráfrasis, de decirlo de otra forma [Davidson (1984), p. 246].

Aquello que no puede ser parafraseado son los efectos de la metáfora. Aquello que las concepciones tradicionales de la metáfora identifican erróneamente con el significado metafórico. Dice Davidson: “[...] lo que intentamos al ‘parafrasear’ una metáfora no puede conducir a su significado, porque éste yace en su superficie; más bien intentamos evocar lo que la metáfora nos lleva a atender” [Davidson (1984), p. 262]. Pero este contenido es justamente lo que no puede ser parafraseado. La razón radica en que “no hay límites a lo que la metáfora llama nuestra atención, y la mayor parte de lo que nos hace notar es de carácter no proposicional” [Davidson (1984), p. 263]. En este sentido una metáfora es como una figura pictórica o una fotografía. Cuando tratamos de decir qué *significa* una metáfora, nos damos cuenta que aquello que queremos decir no tiene fin. “Una figura no vale lo que mil palabras, ni ninguna otra cantidad de ellas. Las palabras no son la moneda apropiada para intercambiar por una figura” [Davidson (1984), p. 263].

3. SIGNIFICADO Y USO.

Wittgenstein y Davidson coinciden en afirmar que la condición de posibilidad del significado secundario y de la metáfora radica en la distinción entre, por un lado, el significado de las palabras y, por otro, las maneras en que las utilizamos. La metáfora de acuerdo con Davidson pertenece exclusivamente al dominio del uso: “Es algo que se obtiene a partir del empleo imaginativo de palabras y oraciones y que depende por completo de los significados ordinarios de esas palabras” [Davidson (1984), p. 247]. La posición de Wittgenstein es coincidente. De acuerdo con lo que hemos visto, tanto el significado secundario como el metafórico o figurativo, consisten en emplear una palabra con un determinado uso primario (o con un determinado significado) en circunstancias nuevas. Esta distinción es, por cierto, totalmente compatible con la afirmación del párrafo 43 de las *Investigaciones filosóficas* según la cual el significado de una palabra es su uso en el lenguaje. El uso de una palabra con un determinado significado en circunstancias nuevas, no se identifica con la clase de uso mediante el cual se explica el significado de una palabra. El significado de una palabra es su uso *en el sistema del lenguaje* y no en tal o cual situación específica. O en la explicación de Strawson:

El significado de una oración no puede identificarse con la aserción que hacemos mediante su uso en una ocasión particular. Hablar sobre el significado de una expresión u oración no es hablar sobre su uso en una ocasión particular, sino sobre las reglas, hábitos y convenciones que gobiernan su uso correcto, en todas las ocasiones, para hacer referencia o aseverar [Strawson (1983), p. 20].

Sin embargo, como se ha visto, Schulte sostiene que la distinción de Davidson entre significado y uso es incompatible con la que hace Wittgenstein entre ambos conceptos [Schulte (1989), p. 145]. Pero esto parece ser un error. La distinción de Davidson no es incompatible con la distinción de Wittgenstein o, al menos, no lo es necesariamente. Adviértase, inicialmente, que los conceptos de significado y uso no pueden ser identificados en términos absolutos en Wittgenstein. Primero, porque no todo concepto de significado se identifica con el concepto de *uso de una palabra en el lenguaje*. Algo que queda establecido ya en las *Investigaciones filosóficas* § 43, aunque muchas veces ha sido ignorado o mal interpretado. Se sostiene allí que sólo para una gran clase de casos el significado es el uso de una palabra en el lenguaje. En la segunda parte de las *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein examina uno de los casos que no corresponde al significado como uso, se trata de la noción vivencial de significado. Un problema aquí es qué consecuencias tendría la ausencia de esta vivencia o qué perdería quien fuera “ciego para el significado”. Aunque Wittgenstein no hace mención allí de ninguna conexión entre la ceguera para el significado y la posibilidad de hacer un uso secundario de palabras podría intentarse establecer una relación entre los rasgos cualitativos de la experiencia de hacer uso de una palabra y el uso secundario. Esto, sin embargo, está fuera de los alcances del presente trabajo.

Segundo, porque no todo concepto de *uso de una palabra* se identifica con el significado que tiene una palabra en el lenguaje. Tal como Wittgenstein y Davidson utilizan los conceptos de “significado de una palabra” y de “uso de una palabra” (en los contextos en donde se examina el significado secundario y la metáfora), estos conceptos no implican ningún compromiso con alguna teoría del significado. O, si se quiere, en aquellos contextos estos conceptos son independientes de cualquier discrepancia entre Wittgenstein y Davidson acerca de la naturaleza del significado. La distinción en sí misma pertenece al tipo de cosas que de hecho podemos hacer con las palabras. No puede entrañar, por tanto, ninguna teoría del lenguaje, sino que es el tipo de fenómenos que una teoría del lenguaje debería poder explicar. Una manera de aclarar este punto es pensar en las palabras, siguiendo a Wittgenstein, como herramientas. Cada herramienta tiene una utilidad específica (por muy compleja o diversa que ésta sea), ha sido fabricada para cumplir dicha utilidad. Aunque este hecho no impide que usemos las herramientas en determinados casos, según sean nuestras necesidades o carencias, con fines distintos a los de su diseño. Este nuevo uso no cambia, sin embargo, la naturaleza de la

herramienta. El usar una llave inglesa para clavar no la convierte en un martillo. La usamos *como* martillo. La asignación de una función exótica a una herramienta no puede imponerse a la función para la cual ha sido diseñada, en el sentido de que el tipo al que corresponde una herramienta esté determinado por la manera como se la utiliza en cada situación en particular. No llamamos herramienta de tal o cual tipo a un objeto porque éste *puede* ser utilizado de tal o cual manera, sino porque efectivamente se le utiliza de tal o cual manera. Esto es, porque hay una práctica, una costumbre, una técnica y también una necesidad que está asociada a esos objetos. De la misma manera el hecho de que una palabra o una expresión tenga un uso en el lenguaje (un significado), no impide que la podamos emplear imaginativamente en contextos que no se ajustan a las reglas y convenciones que le han dado su significado. Y esto sin que se modifique el significado de la palabra en el lenguaje.

No hay entonces una manera por la cual se pueda establecer una equivalencia entre la imposibilidad de parafrasear el uso secundario de palabras y la imposibilidad de parafrasear la metáfora. Aunque se trata en ambos casos de imposibilidades conceptuales, están relacionadas con cuestiones totalmente distintas. Una tiene que ver con el límite de la fundamentación en los juegos de lenguaje que involucran usos secundarios de palabras. Y, en general, entre aquello que es la razón de que yo diga tal o cual cosa y aquello que es la causa de que yo diga tal o cual cosa. Las razones, dice Wittgenstein, las conocemos, pero las causas las conjeturamos. De ahí que la explicación última del sentimiento de que, por ejemplo, para mí la vocal *e* es amarilla no puede ser sino una apelación a ciertas contingencias que hipotéticamente explicarían este tipo de enunciados (asociaciones provenientes de la infancia es el ejemplo de Wittgenstein). La otra tiene que ver con aquello que se dice en la metáfora y aquello que la metáfora provoca en nosotros. Y, en general, con la asimetría entre aquello que se dice en el lenguaje y aquello que se muestra en una figura. El significado secundario, a diferencia de la metáfora, depende de una relación directa con el trasfondo de capacidades o disposiciones no intencionales. Es a este trasfondo no intencional al que alude Wittgenstein cuando señala que las causas del fenómeno del uso secundario podrían radicar en asociaciones provenientes de la infancia.

*Departamento de Filosofía
Universidad de Concepción, Chile
E-mail: jtorresmz@hotmail.com*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DAVIDSON, DONALD (1984), *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Clarendon Press.
- DIAMOND, CORA (1991), *The Realistic Spirit, Wittgenstein, Philosophy, and Mind*, Cambridge, Mass., The MIT Press.
- SCHULTE, JOAQUIM (1989), "Wittgenstein's Notion of Secondary Meaning and Davidson's Account of Metaphor —A Comparison", en Brandl, J. y Gombocz, W. L. (eds.), *The Mind of Donald Davidson*, Amsterdam, Rodopi.
- STRAWSON, P. F. (1983), "Sobre el referir", en *Ensayos lógico-lingüísticos*, Madrid, Tecnos.
- WITTGENSTEIN, LUDWIG (1988), *Investigaciones filosóficas*. Edición de G.E.M. Anscombe y R. Rhees. Traducción de A. García Suárez y C. Ulises Moulines. UNAM-Crítica, México.
- (1987) *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*. Volumen I. Edición de G. H. von Wright y Heikki Nyman. Traducción de E. Fernández, E. Hidalgo y P. Mantas. Madrid, Tecnos.